

MONUMENTO NATURAL "MONTAÑA CENTINELA" Y SU ENTORNO AMBIENTAL

por Pedro Luis Pérez de Paz
Catedrático de Botánica, Universidad de La Laguna

INTRODUCCIÓN

La Montaña Centinela está situada en la costa del municipio de Arico, Sureste de Tenerife, frente a la Punta de Abona, a la altura del kilómetro 42 de la autopista del sur (TF-1); vía desde la que se accede a su base por la desviación de Abades. Como las Montañas de Ifara y de los Riscos, relativamente próximas en dirección Sureste, fue declarada Monumento Natural por la Ley 12/1994, de 19 de diciembre, de Espacios Naturales Protegidos, al objeto de salvaguardar sus rasgos naturales específicos e interés paisajístico, particularmente amenazados por las extracciones de picón, que tanto han afectado a la integridad geomorfológica de los conos volcánicos más o menos recientes resartidos por la vegetación insular o del archipiélago.



Mapa de Tenerife de Miquel Marín "Montaña Centinela" (1-18)

Desde el punto de vista geológico, la Montaña es un edificio volcánico formado por tres conos principales adyacentes, fruto de una misma erupción, el mayor de los cuales alcanza los 275 m de altura. De naturaleza basáltica, formada por picón y escorias de cinder de conos bermejos, parte de sus laderas están cubiertas por tobas pumíticas de carácter salico y tonalidades blanquecinas, cuyo origen y depósito ofrece todavía aspectos difíciles de interpretar (Marín Esquivel y cols., 1995: 222). Ambos tipos de sustrato son bastante sensibles a la erosión -édica, hídrica y antropozógena-, circunstancia que se resuelve en una microtopografía agreste, excavada por covachas, cárcavas y barranquillos de desigual desarrollo.

El espacio Natural amplía sus límites más allá del pie de la Montaña a los terrenos colindantes, ocupados por coladas pumíticas bastante alteradas por la actividad agrícola tradicional, las pistas y la infraestructura de regadío que la apoya.

En la visión ambiental que ofrezco, sinérgica y personal, incido en los aspectos botánicos que conozco mejor. Seguramente soy poco objetivo en algunas de mis apreciaciones, al no haber sido capaz de desprenderme del bagaje sentimental que representa para mí la Montaña de Centinela, cuya silueta vinculo desde hace muchos años a la morada familiar del Sur, nuestra "casita de Abades. No sé si porque nací al pie de otra montaña, la de La Bruña en La Palma; porque en mi infancia en el Hoyo de Maza conocí de la mano de mis abuelos maternos otra Montaña de Centinela; o porque en las empinadas laderas de esta Montaña sureña enseñé a mi hijo a caminar por el campo y a despertar su interés por la naturaleza, mi aprecio por este Monumento Natural es singular y entrañable.

No quiero terminar estas líneas de introducción sin mostrar mi gratitud al Comité Editor de la revista de la "Asociación Cultural Sureste de Tenerife" por invitarme a participar en sus páginas, a la vez que reconozco su esfuerzo por la meritoria labor que vienen realizando en defensa del patrimonio natural y cultural del sureste tinerfeño. Un patrimonio con el que me he familiarizado paulatinamente recorriendo el campo y hablando con sus gentes, que bajo un sol inclemente se han dejado la piel entre las tabaibas

y zarzagas de este hermoso territorio, cuya naturaleza árida le impide ser pródigo con sus habitantes.

ASPECTOS BOTÁNICOS

Desde una perspectiva general, el paisaje vegetal de Montaña de Centinela y su entorno no impacta por su frondosidad. Más bien todo lo contrario, durante la mayor parte del año el observador se ve obligado a escudriñar con atención el territorio para descubrir las plantas que, fieles a las características ecológicas del medio, disimulan su presencia camuflándose con el raquítico suelo que las ampara. Únicamente durante un periodo corto del otoño-invierno, y no todos los años, tras las lujosas y escasas lluvias estacionales el paisaje reverdece y las especies muestran su apariencia más lujosa. Es entonces cuando las tabaibas dulces (*Euphorbia balsamifera*; amarga: *E. obvallata*; verde: *Gileña nebulosa*); conical (*Periploca laevigata*); lasajo (*Rubia fruticosa*); duraznillo (*Messerschmidia frutescens*); balillo (*Jarchonina microcarpa*); entre otras, se visitan con hojas y se hacen notables. Incluso las de hoja perenne o en las que el carácter radacifolio no es tan aparente, como el halo (*Plocaco perfoliata*), romero marino (*Camphylanthus subsolutes*), esparreguera (*Samolus arborescens*), leña buena (*Nerchamada puberulenta*); por no citar otras más comunes de ambientes alterados, tales como la magrana (*Agrostis spicata*), mata-risca (*Limonium canariense*), gallega (*Lupinus arboreus*), salado (*Schizanthus sericeus*), resaca (*Rhus scoparia*), etc., tras las lluvias rejuvenecen y muestran un verdor y frondosidad que desaparece casi siempre tras el periodo de floración, durante el resto del año. Hasta el cardón (*Euphorbia canariensis*, especie afila), y el taroncillo (*Crotopogon fovea*), con hojas lujosas, cambian de tono y crecen tras las primeras lluvias otoñales.

Desde una óptica fitosociológica más profesional, el análisis de las especies relacionadas en la tabla de inventarios que se adjunta, confeccionada en base a un recorrido por las áreas menos alteradas del Espacio Natural, nos permiten reconocer y esquematizar sus principales comunidades vegetales, que coinciden con las más ampliamente distribuidas en la faja costera del sureste insular, dentro del piso mesclimático ("Inframediterráneo desértico-oceánico árido"), bajo el dominio potencial de la serie climática de la tabaiba dulce: *Crotopogon fovea-Euphorbia balsamifera* signatum.

El tabaibal dulce es la asociación o comunidad vegetal más emblemática del Espacio Natural y, aunque en las áreas menos accidentadas del ámbito el grado de naturalidad resta mucho del óptimo, sobre La Montaña su estado de conservación es bastante buena. Fue en este segundo ámbito donde centraron nuestra atención y se realizaron los inventarios de la tabla en la que, más por razones cuantitativas que cualitativas, es posible distinguir facies florísticas que tienen repercusión económica y obedecen a matices ecológicos o situatípicos.

Los inventarios 1-6 recogen muestras de tabaibal perenne en los que *Euphorbia balsamifera* es claramente dominante. En situaciones de sotavento o más expuestas a los vientos dominantes del noreste (inv. 1, 2, 3 y 4) las tabaibas son esqueléticas, bien ramificadas desde la base, superan los 2 m de altura y se abren en copas hemisféricas de 0 a 5 m de diámetro. Las ramas principales de la base de la cope superan con frecuencia los 15 cm de diámetro y no es raro ver en su corteza las cicatrices de



Detalle general de Montaña Centinela, tras el Hoyo de Maza

las cuchilladas para la explotación del látex en el pasado. Frente a la tabaiba, se reduce el dominio del resto de las especies más frecuentes: fieles (taroncillo, leña buena) o con mayor tendencia transgresiva (tabaiba amarga y halo). El caso del cardón, siempre llamativo por su singular biotipo caudiforme y también presente en estos tabaibales,

es singular. Si observamos su distribución en el seno de la Montaña, puede notarse que su abundancia y dominancia es mayor en situaciones relativamente frescas o húmedas, mirando al norte, buscando las situaciones de vaguada o rillano (inv. 7) y rebuendo las más venteadas, que por la acción desecante del viento se toman endofrías, aún cuando la acción del aliso es humectante, pero el cardón prefiere más la humedad en el suelo que en el aire. En estas últimas condiciones (inv. 3) la tabaiba vuelve a ser más abundante, tanto como en los inventarios anteriormente comentados, aunque su porte chaparri y abanderado por la acción incesante del viento, la hacen menos dominante. Hilando muy fino pues, desde el punto de vista ecológico y fitosociológico, es posible distinguir en el seno del tabaibal núcleos localizados de cardón (*Penioloae laevigatae-Euphorbiae canariensis*, que no deben confundirse con la presencia más o menos esporádica de individuos o rodales de cardón en ámbito de tabaibal. Estas precisiones se complementan y entienden mejor cuando a la vegetación vascular sumamos la información proporcionada por otros bioindicadores, como los líquenes, tanto epifitos (corticolas sobre tabaibas como saxícolas. Muy ilustrativa resulta, por ejemplo, la presencia extremadamente localizada de orchillas (*Rocrella saxi*) en microhábitats de covachas o escraplomos orientados al norte.

Los tres inventarios restantes marcan también situaciones ecológicas o grados de conservación diferenciados en el seno del tabaibal.

En áreas relativamente alteradas, sin necesidad de llegar a la roturación agrícola, el tabaibal se vuelve ralo y en lugar de la tabaiba ganan protagonismo otras especies menos selectivas como la aulaga o el salado, hasta el punto que para algunos el aulagar con salado (*Caonao arborescens-Schizogyneum sericeae*) constituye una etapa serial del tabaibal, mientras que otros evitan vincularla a la dinámica de la serie por su carácter eminentemente nitrófilo, o la consideran una simple desviación nitrófila de los tabaibales climáticos. Similar, por su interpretación antigua, es el caso de la variante sobre tobas purpúreas sin apenas suelo (litosoles), parcialmente alteradas -por causas naturales o antrópicas-, en las que suelen ser frecuentes ciertos carpetillos pulviniformes como *Helianthemum canariensis*, *Hemaria canariensis*, *Frankenia ericifolia*, *Miconia hysopifolia* (var. *kunzei*), *Lolium sessilifolius*, etc. Los inventarios 8 y 9 reflejan respectivamente estas dos situaciones.

Finalmente, el inventario 10 corresponde a una pequeña balera (*Plocometum pendulae*), comunidad caracterizada por el protagonismo de esta especie filipidatoza que, aunque ampliamente distribuida en el dominio de los tabaibales y cardonales, concentra sus poblaciones más vistosas en situaciones edafobigráficas de vaguada o rillanos de barranco. En este caso corresponde a un fragmento testimonial presente en una pequeña quebrada en la base de la red fluvial que drena hacia el nordeste el hoyo de la Montaña, potenciado por las pérdidas hídricas de una antigua acequia entubada en la actualidad.

En las áreas más antropizadas del Espacio Natural, afectadas sobre todo por cultivos de tomates y pastores, la vegetación cambia sustancialmente y pierde interés a efectos de su conservación. Por eso la olvidamos, pero conviene recordar, entre otras comunidades con menor entidad, que las antiguas huertas o bancales y terrapienes temporalmente alforforados, tras los inviernos lluviosos, por cojinetes de zosco y barrilla - *Mesembryanthemum crystallinum* y *M. crystallinum*, respectivamente-, los barrillares de *Mesembryanthemum crystallinum*, primera verdea y después bermejós, forman parte indisoluble de la primavera del sureste insular y, por tanto, de los ámbitos más antropizados de nuestro Espacio.

En cuanto a la flora vascular dominante, aunque he ascendido a la Montaña en múltiples ocasiones, no he visto nada especial; tampoco se ha pretendido un catálogo exhaustivo. Sí merece llamar la atención del visitante menos especializado sobre las convergencias ecomorfológicas o ecofisiológicas de especies filogenéticamente muy alejadas, como ocurre con caracteres relativos a la presencia de látex (*Euphorbia*,

Periptera, *Taxidloimia*), succulencia caulinar (*Crotopogon*, *Euphorbia*, *Kleinia*); indumento sericeo o pulverulento (*Lolium*, *Neropharula*, *Miconia*, *Polycarpon*, *Schizogyne*); aspectos que conjuntamente con la caducidad foliar ya comentada, acentúan las características semiáticas del lugar. Históricamente citamos, por ser bastante rara en la isla, *Schizogyne glabrata* o al menos una forma glabra y viviente de *Schizogyne sericea*, muy rara en la felda sureste de la Montaña. Probablemente perteneciera al mismo taxon que los individuos citados por García-Casanova y cols. (1996: 16), para la Reserva Natural de Montaña Roja.

REFLEXIONES AMBIENTALES

Uno de los valores añadidos de este Espacio Natural es el que La Cumbre constituye una magnífica aula didáctica para reserir los valores y problemas ambientales de un amplio sector del sureste de Tenerife, pues en su entorno existen magníficos ejemplos que ilustran el aprovechamiento del territorio y las consecuencias ambientales derivadas de su uso en la montaña. Casi con la misma frescura e intrusión que las anotaciones en el cuaderno de campo, relatamos a continuación algunas reflexiones inspiradas en la cumbre de La Cumbre al pie de una tabaiba, la misma que oculta una "cañita (kadak)", recuerdo de nuestra primera ascensión a la Montaña, que guarda ilusiones de infancia y sentimientos de padre:

LO ÁRIDO ES BELLO

Conoci el sureste de Tenerife a mitad de los años sesenta del pasado siglo. Fue durante mi segunda visita a la isla con motivo de los exámenes preuniversitarios. Acompañé a unos tíos que querían visitar a la familia de unos amigos conocidos en Venezuela. El recuerdo hasta ahora por la antigua carretera del Sur se me hizo interminable. Por una botanica pista de tierra bajamos a Los Roques, donde nos bañamos y almorzamos en ambiente familiar pero. Bajando a la playa, en los gretes de los acantilados costeros llamó mi atención unas pequeñas plantas con hojas crasas, saturadas, y diminutas flores rosadas; no sabía que era un sombrero endémico (*Miconia azevaredae*) y, mucho menos, que una década más tarde sería uno de los sombreros de mi Tesis Doctoral sobre el género. De nuevo el ruido de la pista y aquellas huertas blancas, esmeraldas con pumitas, novedosas para mí. Nunca había visto tantas tabaibas juntas, ni tanto aridez desolada. El Sur no me gastó, pero me encantó; sentí magia y prometé volver. Voy que si me encantó; ahora cumplo la promesa casi todos los fines de semana. Comprendo a los que piensan que "No lo vende es bonito", pero trato de convencerles que también "lo árido es bello", aunque exige tiempo y cultura para entenderlo. Ecológicamente el asunto es tan claro que no admite discusión; simplemente son ambientes distintos: con una gest, flora y fauna, con otro clima y paisaje y, por tanto, con cultura, necesidades y patrimonio de dos diferentes.

BANCALES Y AJARJAS DE PUMITA

Una de las mejores formas de entender la dureza del territorio que comentamos y valorar el esfuerzo de las peñas que desde la prehistoria han tratado de arazararlo, el mejor partido, es observar los desmontes y bancales que dibujan el paisaje. Desde prácticamente la orilla del mar, hasta perdernos en la difusa calma que habitualmente describe las medianías del sureste, la continuidad de paredes con cantos de pumitas o basali-



Arriola, journal de Mariana Costilla. Foto: P. Pérez de Paz.

Periploca, *Tanikhatmia*); su oleancia caulinar (*Ceropegia*, *Euphorbia*, *Kleinia*); indumentaria sericea o pulverulenta (*Hottia*, *Noochamaelia*, *Miconia*, *Polycarpha*, *Schizogyne*); aspectos que conjuntamente con la caducidad foliar ya comentada, acreditan las características xerofíticas del lugar. Florísticamente cilianos, por ser bastante rara en la isla, *Schizogyne glaberrima* o al menos una forma glabra y viente de *Schizogyne sericea*, muy rara en la falda suroeste de la Montaña. Probablemente pertenecían al mismo taxon que los individuos citados por García-Casanova y cols. (1996:136), pero la Reserva Natural de Montaña Roja.

REFLEXIONES AMBIENTALES

Uno de los valores añadidos de este Espacio Natural es el que La Centinela constituye una magnífica atalaya didáctica para referir los valores y problemas ambientales de un amplio sector del suroeste de Tenerife, pues en su entorno existen magníficos ejemplos que ilustran el aprovechamiento del territorio y las consecuencias ambientales derivadas de su uso en la comarca. Casi con la misma frescura e improvisación que las anécdotas en el cuartero de campo, relatamos a continuación algunas reflexiones inspiradas en la cumbre de La Centinela al pie de una tabaiba, la misma que oculta una "rajita kotlak", recuerdo de nuestra primera ascensión a la Montaña, que guarda ilusiones de infancia y sentimientos de padre.

LO ÁRIDO ES BELLO

Conocí el suroeste de Tenerife a mitad de los años sesenta del pasado siglo. Fue durante mi segunda visita a la isla con motivo de los exámenes preuniversitarios. Acompañé a unos tíos que querían visitar a la familia de unos amigos conocidos en Venezuela. El recorrido hasta Fesfeda por la antigua carretera del Sur se me hizo interminable. Por una tortuosa pista de tierra bajamos a Los Roque, donde nos bañamos y almorzamos en ambiente familiar yato. Bajando a la playa, en las orillas de los acantilados costeros llamó mi atención unas pequeñas plantas con hojas crasas, satinadas, y diminutas flores rosadas; no sabía que era un tomillo endémico (*Melicopea teneriffae*) y, mucho menos, que una década más tarde sería uno de los tópicos de mi Tesis Doctoral sobre el género. De nuevo el moho de la pista y aquellas huertas blancas, enarenadas con pumitas, recordos para mí. Nunca había visto tantas tabaibas juntas, ni tanta aridez desolada. Si Suro no me gustó, pero me encantó; sentí magia y prometí volver. Vaya que si me encantó ahora cumplo la promesa casi todos los fines de semana. Comprendo a los que piensan que "solo lo verde es bonito", pero trato de convencerles que también "lo árido es bello", aunque existe tiempo y cultura para entenderlo. Ecológicamente el asunto es tan claro que no admite discusión; simplemente son ambientes distintos, con una flora y fauna, con otro clima y paisaje y, por tanto, con cultura, necesidades y potencialidades diferentes.

BANCALES Y ATARIEAS DE PUMITA

Una de las mejores formas de entender la dureza del territorio que comentamos y valorar el esfuerzo de las gentes que desde la prehistoria han tratado de amancorarle, el mejor partido, es observar los desiertos y bancales que dibujan el paisaje. Desde prácticamente la orilla del mar, hasta perdernos en la difusa calma que habitualmente desdibuja las medianías del suroeste, la continuidad de paredes con cantos de pumitas o basali-



Aspecto general de Montaña Centinela. Foto de: Oliva de Pisa.

tos, solamente se interrumpen en las laderas más agresivas de barrancos y conos volcánicos como el de La Continela. En esos bancales está escrita buena parte de nuestra historia. Conviene leerla despacio para poder entender la desesperación de los años de seca y el mérito de la mano obrera tallando metro a metro los bloques de pumita, hasta confeccionar una compleja y kilométrica red de atarjeas, con el fin de convertir el estéril y rocoso suroeste en fértiles y verdes campos de tomates. De nuevo la dialéctica del verde enfrenta la realidad ecológica a la necesidad socioeconómica. Detrás, iniciativas y ayudas generosas, presiones caciquiles, lo justo para sobrevivir, y lágrimas de miseria.

INVERNADEROS Y CUADRAS

El testigo agropecuario del pasado lo han tomado infraestructuras más modernas y también con mayor impacto en el paisaje. En todo el entorno del Espacio Natural, e incluso dentro del mismo, los antiguos bancales de tomate han sido plastificados por la malla de los invernaderos, para mejor rentabilizar su cultivo y además, dado que con los invernaderos el viento deja de ser un factor tan limitante, introducir otros cultivos tropicales como el plátano o la papaya. En el fondo, la necesidad del verde agrícola, aunque ahora oculto detrás del plástico, ha cambiado -por no decir se ha cambiado-, buena parte del encanto del paisaje suroeste y, por extensión del insular, ya que los invernaderos no son sólo una lastra de la vertiente meridional de la isla. De nuevo la polémica entre agricultura y paisaje; entre agricultura ecológica y forzada; entre el sesgo perverso del reparto de subvenciones; en fin, entre la cruda realidad y la utopía romántica. Aunque en la coyuntura actual los creo necesarios, paraísicamente, como a la mayoría imagino, no me gustan los invernaderos, y menos aún cuando desde Los Abades a Arico subo entre ellos en bicicleta y me asfixia, además de la pendiente y los años, la peste o abonos químicos que sale de los mismos. Se me quitan las ganas de comer tomates y, desde mi perspectiva de ex-agricultor, compadecido y magnífico a los obreros que los toca trabajar en los mismos, hasta casi querer escondermelo con vergüenza húnguesa. Sólo los mecanismos de autodefensa que todos llevamos dentro me permiten tomar resuello y seguir pedaleando.

Las cuadras son menos, pero también notables desde La Centinela. Son de cabras y gallinas; también adornan el paisaje, pero qué buenos y necesarios son el queso y los huevos.

EL BURRO-SATARI

Los tiempos cambian y las demandas de uso también. Cuando un día, en una de mis subidas esporádicas a la Montaña, al pie de su falda suroeste, observé a una palamita aplorando con eficacia las tobas pumíticas hasta alcanzar el borde del Espacio Natural; pensé otro invernadero. Estaba equivocado, hablando semanas después con el vigilante de las horas descubí que "un extranjero chillado" quería poner allí una "cuadra de burros" para pasear a los turistas urbanistas deseosos de descubrir costumbres ancestrales. Vaya por Dios, había que hacerlo aquí -justo al lado de la Montaña, en un lugar donde no existían desmontes previos y en el que la geomorfología y vegetación estaban relativamente bien conservadas. Disimulé mi disgusto, agradecí al señor sus amables explicaciones, un tanto cómplice con mi escepticismo, y emulé la ladera hablando solo hasta la cima, tratando de convencerme que al menos la iniciativa de este nuevo negocio estaría fundamentada, proporcionaría algunos puestos de trabajo y, en fin, justificaría el resquebrajamiento ambiental causado que, aunque limitado, se apreciaba desde la autopista y sin duda iba a ser una nueva fuente de presión para el Espacio Natural. Las obras del "Rancho del Sol", que así se denominaron las instalaciones, se concluyeron relativamente pronto, incluido el ajardinamiento del entorno, que lejos de integrarlo en el ambiente seminatural periférico del Espacio Natural, se utilizaban plantas exóticas (especies de: *Arcaea*; *Alnus*; *Agave*; *Austrocylindropuntia*; *Carpobrotus*; *Cereus*;

de gran envergadura constituye una barrera – o por lo menos un filtro – ecológico considerable, al romper la continuidad de los malpaíses que desde el pie de la montaña se desparman conformando la extensa y relativamente llana Punta de Abona. El impacto ecológico de las carreteras deriva tanto del territorio que ocupan, como de la fragmentación y el llamado “efecto de borde” que producen sobre los hábitats remanentes. Contemplar la marabunta del tráfico que soporta esta vía a últimas horas de la tarde, como a primeras de la mañana, causa además desasosiego y preocupación ambiental. Las voces pregoneras de que la isla no puede digerir el incremento de vehículos que se ha venido dando en estos últimos años, no pueden ser calificadas de alarmistas, por más que tampoco en este caso el problema tiene fácil solución. No sólo porque corrigirlo chocaría con innumerables intereses comerciales, laborales o de la hacienda pública, sino porque el coche ha pasado a formar parte casi indisoluble de nuestro modo de vida y renunciar voluntariamente al mismo resulta difícil. Una vez más, respecto a los problemas ambientales, resulta más fácil denunciarlos que corregirlos o solucionarlos.

POBLADOS, BASURA Y CAMPOS DE GOLF

Desde la cima de La Centinela se contempla mejor que de cualquier otro lugar la mayor parte del litoral de Arico, en el que destaca la Punta de Abona. Como en todo el sureste insular, son característicos los clásicos asentamientos poblacionales costeros: Las Eras, El Porís, Abades, La Jaca, La Listada, Tajo, La Coleta, por citar sólo los más notables y próximos a nuestro Espacio, en los que salvo excepciones la improvisación clandestina ha prevalecido sobre la planificación racional. Excluyo expresamente la urbanización de Abades, no obviamente porque temporalmente resida en ella, sino porque me parece de justicia. Tampoco quiero tener susceptibilidades en el resto, porque reconozco el esfuerzo y la ilusión que han puesto muchos de sus vecinos por conseguirlas, pero también deben reconocerse los errores que hipotecan el futuro: al menos para no reproducirlos en otros sitios. Desde La Centinela no se ve el verdadero del P.I.R.S.; si se huele con “tiempo suelto”. El problema de los residuos sólidos es de alcance insular y no tiene cabida aquí. Sin embargo, si miramos dos líneas la dispersión de basura en el litoral: está hecho una pena por las acampadas furtivas y, sobre todo, por la falta de sensibilidad y civismo de nuestra gente, aunque también participan los foráneos. Este verano recorrí por última vez el litoral entre El Porís y La Montaña de Abades; imposible valorar los kilos de basura abandonada. Una lastima: cómo eché de menos la vigilancia militar que hasta hace poco existía en el litoral de Punta de Abona! Antaño el acceso al litoral estaba restringido a pie, ahora entran los coches y con ellos las tiendas de campaña y la basura a gran escala. La Playa Chica de Abades, es el lugar clásico de nuestros tarajales canarios: *Atriplicia tinensis* (*Zamancetum canariensis* en el inventario que tipifica la asociación (Rivas-Martínez y cols., 1993:243; “el 4 de cobertura”) otorgado a los tarajales, ahora se lo reparten los coches /tiendas de campaña) y la asignada al resto de las especies corresponde a basura de naturaleza más diversa que la relación florística del inventario.

Según parece, no se están tomando medidas sobre el particular, entre otras razones, porque para la zona están pendientes proyectos de gran envergadura ambiental y económica de nuevo el “verde bonito” de los campos de golf amenaza el paisaje. No tengo especial aversión al golf, que desde una perspectiva deportiva o recreativa me parece tan válido como cualquier otro deporte. Sigo fiel a la idea de que las gramíneas de los campos de golf son otro tipo de cultivo, no más exótico que lo fueron en su día la caña de azúcar, el tomate o el plátano, que también han roturado territorio, generado riqueza y, en mayor o menor medida, crisis coyunturales. Otra cosa diferente resulta justificar la necesidad socioeconómica de los campos de golf, clasificar su construcción y ubicarlos con tino, porque en estas islas ni todo el mundo juega al golf ni nos sobra territorio para desarrollarlo. De las miserias urbanísticas especulativas no opino porque no entiendo, pero “haberlas haylas”.

EL FARO DE ABONA Y LOS PERROS NERVIOSOS

Se ha hecho de noche. Sólo distingo los detalles del Faro de Abona y escucho los perros ladrando en las lincas del pie de la montaña; separadamente no entiendo qué hace a estas horas un extraño en La Montaña. Agarrándome de las tabaibas húmedas al tacto, descendiendo lentamente por la ladera sureste, tratando de seguir los ruidos de punitos blanquecinos que se iluminan mejor con las ráagas del faro. Entre paso y paso, pienso en la alegría del navegante perdido que en la oscuridad de la noche divisa al faro que le guía; en la tristeza del emigrante que, camino de América u otro lugar cualquiera, deja atrás a su familia y a esta tierra, árida pero querida; en los desesperados que arriban cada día en pateras en busca de la tierra prometida y encuentran desengaño, egoísmo y unas islas superpobladas, ecológicamente insostenibles.

En la oscuridad del cielo se pierde el control de un avión que acaba de despegar del Reina Sofía: ¿de dónde podremos ir los canarios cuando la bonanza económica que disfrutamos se fuerza? Menos mal, termina el tormento de la bajada y de las preguntas sin respuesta. Llego a las lincas del pie de La Montaña:

- Buenas noches paisano ¿qué le pasa a los perros?
- No se asuste, que están comidos; desde hace unos días los veo nerviosos. Ya se les pasará; jeje, cállense canajo. ¿Está perdido?
- No, salí a dar una vuelta por La Montaña y se me hizo tarde, ahora en el oírse ocurre antes que en verse.
- En esa Montaña no hay más que tabaibas y miserias, cristiano.
- No hombre, también hay otras cosas bonitas; lo que hay es que saber mirarlas.
- Bueno, si usted lo dice; siga por la pista y cuidado no se caiga.

Vaya, vaya, con que los perros están nerviosos... y el agua del mar caliente. Dicen que eso barranta un volcán. Si como anuncian los sísmógrafos el epicentro está en el sureste insular, igual pronto los sureños tendremos por lo menos otra montaña a donde ir, pues quiero imaginario un volcán hundido. No quiero pensar en las consecuencias de otro establecimiento puntífico, similar al que ya conocieron estas tierras; por muchas que hayan sido las bambasadas ambientales conculadas.

Casi sin darme cuenta regreso a Los Abades: ¿Pedro, de dónde vienes a estas horas?, me recuerda Chely. De filosofar en La Montaña; ya sabes que tiene magia; venga, píñome un vaso vino, que bago la boca seca. Paisanos del sureste, están invitados.

BIBLIOGRAFÍA

- Carrión Cazonava, J., O. Rodríguez Hidalgo y W. Wilderich de la Torre, 1986 - Montaña Roja: Naturaleza e historia de una Reserva Natural y su entorno. Centro de la Cultura Popular Canaria, 404 pp.
- Hernández Piñero, C.L., P.L. Pérez de Paz, J. Luengo y D. Sicilia Martín, 1991 - Seguimiento y control de las comunidades vegetales de Eufrosino próximo a El General Tríniz y de Sanadilla, San de Tenerife. *Boletín de Biología Vegetal Botánica*, Universidad de La Laguna. Sin publ.
- Matín Tejedor, L.L., H. García Castro, C.F. Belendo Izas, J. García Fernández e I. Cordero Jahn, 1995 - La Red Canaria de Espacios Naturales Protegidos. Monografía de Medio Ambiente del Gobierno de Canarias. #12. pp. 1-440.
- Rivas-Martínez, S., W. Wilderich, M. del Amo, O. Rodríguez, P.L. Pérez de Paz, A. García Gallo, J.L. Acebo, T.E. Díaz y J. Fernández Gavilán, 1991 - Las comunidades vegetales de la isla de Tenerife (Islas Canarias). *Boletín Científico*, 7:69-271.